

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ALEJANDRO PIDAL Y MON



Fogoso en la discusión,
siempre ha tenido Pidal
oratoria de cañón
y pulmones de metal.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fanfarronada, por José Estremera.—A un chaleco rayado, por Juan Pérez Zúñiga.—La Muñeira, rapsodia II, por Clarín.—¡Ojo con el lote!, por José Jackson Veyan.—Ripios clásicos, por Sinesio Delgado.—Veleidades de Clarín, por Froy Candil.—Nevada, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Alejandro Pidal y Mon.—Año nuevo.—Anuncios, por Cilla.



Ya han terminado los regocijos pascuales, gracias á Dios.

Ahora la gente se dedica á sus ordinarias tareas y á meditar sobre el catarro de Cánovas y la «aparición del dengue en la culta Europa.»

Tras de las fiestas ha venido la epidemia, como si el Hacedor quisiera darnos á entender que las dichas de este mundo son efímeras y que el hombre es deleznable y finito.

El que ayer comía besugo plácidamente, rodeado de su familia, gime hoy en el lecho del dolor entre bayetas perfumadas con espliego.

Los microbios del dengue existen en el agua, según opinión de Koch y otros sabios extranjeros, aficionados al vino; de manera que lo que más conviene es entregarse á las bebidas espirituosas, y por eso, sin duda, hay tantos borrachos.

Aun las personas más formales y morigeradas se entregan ahora á la bebida para prevenirse contra la epidemia, y ayer entró en su negociado, con una *papalina* monumental, el señor de Vázquez, distinguido jefe de Hacienda, que tiene la cruz de Carlos III, libre de gastos, y está retratado en un portal de la calle Ancha, vestido de frac, con una mano apoyada en una mesa y en la otra un ejemplar de los presupuestos generales del Estado. Quiso retratarse así cuando era vocal nato de la Junta de aranceles, para dejar ese recuerdo á su familia.

Pues bien, Vázquez, con toda su prosopopeya y su jefatura administrativa, entró en el ministerio completamente bebido, y sin pararse en barras le dió tres besos á un oficial segundo. Éste, que es hombre recto y pundonoroso, se levantó indignado, y entonces Vázquez le dijo:

—¡Ole, viva tu madre!

—¿Por quién me toma usted?—gritó furioso el oficial besado.

—¡Ole, las mujeres graciosas!—siguió diciendo Vázquez; y quiso repetir los besos, hasta que le cogió por la cintura un escribiente, sentándole en el sofá quieras que no.

—Yo á esa mujer le pongo casa—decía Vázquez.

—¿Pero á quién se refiere usted?

—Á esa.

Y señalaba al oficial segundo.

En su borrachera, Vázquez tomaba al oficial por una corista; y como si esto no fuera bastante, después de andar á gatas por el negociado y de subirse encima de la mesa, se quitó los pantalones y quería presentarse con las piernas desnudas delante del subsecretario.

Sus subalternos cariñosos consiguieron meterlo en un coche y llevárselo á su señora, que no hizo más que verle y se echó á llorar.

—¡Ay, Dios mío! ¡Cómo viene este hombre!—decía ella.

Y lo primero que hizo fué registrarle los bolsillos del gabán, para ver si había perdido la petaca de carey y la fosforera de plata.

—¿Quién es esta mujer?—preguntaba Vázquez, encarándose con su esposa.

—Su señora de usted—contestó uno de los escribientes.

—Ésta no es mi señora: éste es un carbonero de la calle de la Esperancilla.

—¡Dios mío!—exclamaba ella.—Ya no me conoce. Parece mentira que éste sea mi esposo. ¡Un hombre que no me ha faltado nunca en lo más mínimo, que en los treinta años que lleva de matrimonio no ha dejado jamás de preguntarme por mi salud en cuanto abre los ojos por la mañana! Ya se ve, el pobre no está acostumbrado á la bebida, porque si algo bebe es agua de Mondariz ó vino de quina ferruginoso; pero ayer nos dijeron que el mejor preservativo contra el dengue era el anís de Monóvar, y el pobre bebió siete copas á la hora de almorzar.

—Pues entonces ya está explicado todo—interrumpió el escribiente.

—¿Qué habrán dicho de él los subalternos de la oficina?

—Lo único que dijimos es que tiene una borrachera superior. Á todo esto, Vázquez se empeñaba en meter la cabeza dentro de un azucarero; después pidió una guitarra para cantar un ratito, y por último se acostó en el suelo, debajo de un sofá, diciendo que era la *Traviata* y que se quería morir allí mismo, sin que le molestara el subsecretario.

Ya en la cama, adonde fué conducido á la fuerza, se apoderó de él un temblor nervioso, y toda su manía era llamar fea á su mujer y decir que cuando se quitaba la ropa parecía una cucaracha.

—Venustiano—gritaba ella,—vuelve á la razón; no sabes lo que dices. Estás propalando las interioridades del hogar doméstico.

La criada entró en la habitación, con una taza de café puro, y Vázquez al verla quiso levantarse para bailar con ella una polka y meterla después en el coro de Eslava.

La señora de Vázquez no pudo sufrir por más tiempo tantas decepciones y se dejó caer sobre un escribiente, llorando á lágrima viva. Para aflojarla el corsé fué necesario llamar al portero, que era mozo de cordel y tenía mucha fuerza.

—Hombre—le decía Vázquez,—péguele usted en la cabeza con las tenazas de la chimenea á ver si se muere y nos deja en paz á todos..

En fin, el sistema profiláctico del Sr. Vázquez ha dado ocasión á un gran disgusto de familia, y esto viene á hacernos comprender que en muchas ocasiones es peor el remedio que la enfermedad.

LUIS TABOADA.

FANFARRONADA

(TRADUCCIÓN LIBRE DE DAUDET)

Murió en mí toda fe, toda creencia;
no hay ni un fruto prohibido
que yo no haya mordido
en el árbol caduco de la ciencia.

Tengo el alma ya seca é insensible,
y con juicio sereno meditando
he sabido, estudiando y estudiando,
que es muy necio creer en lo increíble.

Los grandes sentimientos me dan risa;
mas cuando me precisa
ganar algunos reales,
trazo sobre el papel, muerto de hastío,
versos sentimentales
que quizás á raudales
hagan llorar, en tanto que yo río.

Si algún amigo al paso
me abraza tiernamente,
precavido y prudente
me echo mano al bolsillo, por si acaso.

Yo creo siempre en hoy, nunca en mañana.
Gloria, inmortalidad... humo que vuela.
Amor, paabra vana;
eterno asunto de eternal novela.

Creedme por mi fe; lo niego todo,
que vivir sin creer es mi deseo;
y niego las creencias de tal modo
que ni siquiera lo que digo creo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Á UN CHALECO RAYADO

Doña Vicenta López
de Contrafuerte,
mujer de un pica-pleitos
de mala muerte,

me dijo ayer en casa
de las de Ugarte,
dándome un golpecito
salva la parte:

—Ya que usted escribiendo se multiplica y todo lo que encuentra lo versifica, escribale usted algo muy divertido al chaleco de rayas de mi marido.
—¿Que le escriba al chaleco? ¿Qué he de escribirle, si no sé de qué hablarle ni qué decirle?
—¿Va usted á desairarme?
¡Bueno estar! —Pues le daré á usted gusto, señora mía.
Y esta carta «al chaleco» mando á la imprenta, ya que así me lo manda doña Vicenta.

«Mi estimado chaleco: Por las señales, tiene usted seis botones y seis ojales. Tiene usted la fortuna de ser rayado con veinticinco rayas en cada lado. Tiene usted unos forros particulares y una mancha de tinta de calamares. Tiene usted en los contornos buena trencilla y detrás un rabito con una hebilla. Tiene usted dos bolsillos (bien lo recuerdo),

uno, el de la derecha, y otro, el izquierdo. Pasan ambos la vida muy distraídos, porque están siempre rotos ó descosidos, y los cuartos que en ellos tienen entrada, por abajo se escurren sin decir nada. Dirá usted de seguro, chaleco amigo, que para usted no es nuevo lo que le digo; pero al fin de mi carta viene lo grave, porque yo sé una cosa que usted no sabe, y es que un día su dueño, ya hará dos meses, dijo que se encontraba sin intereses, y me pidió una suma que no era corta, para pagarle al sastre lo que usted importa; pero su mala estrella le tiene loco, y ni le paga al sastre, ni á mí tampoco.»

Ya le he dado á usted gusto, doña Vicenta.
¡Cómo! ¿Que de mis coplas no está contenta? Pues, amiga, esto es todo lo que he podido escribirle al chaleco de su marido.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LA MUIÑEIRA

RAPSODIA II

«Yo no sé qué pensar, y perdonadme un rasgo *subjetivo*; yo soy un hombre condenado siempre, fuera de la inocencia, á ser un niño. ¿Os reís? Pues oídme en confianza y os lo diré al oído. Cada vez que paseo por la Dehesa me entra una tentación de coger grillos!»

¿Creen ustedes que es grilla? Pues así *canta* el P. Muiños, el grandísimo *subjetivo* y grandísimo... Y él cree que eso es poesía, ¡vaya si lo cree! Y poesía bellísima, ¡como que lo dice él mismo! Es claro, se le murió su abuela (véase la nota (1) de la página 379 de *La Ciudad de Dios*, en la composición titulada ¡Ya llegó el tren!), y el señor Muiños ¡qué ha de hacer! alabarse á sí propio.

Y si no, oigan ustedes este rasgo *subjetivo*. Dice el P. (de P. y P. y W), para darme envidia y darse tono: «Precisamente poco antes que su primer *palique*, reducido á barajar... los versos latinos del papa... y mi modesta composición titulada *Ya llegó el tren*, recibía yo, como *compensación* más que suficiente, una traducción de la misma poesía en bellísimos versos franceses.» ¿Eh, qué tal? Si la traducción es bellísima, de bellísimos versos, ó no es traducción, ó dirá lo que el original, y si es fiel, la belleza no puede emanar de la traducción, sino del original. El que alaba, no por correcta, exacta, fiel etc., etc., la traducción de una poesía, sino por *bellísima*, alaba la poesía misma. ¡Ay, padre, padre! ¡Y es ésa la humildad del Crucificado! ¡Y bien crucificado! ¡Quisiera yo ver los bellísimos versos en que se dice en francés eso de coger grillos!

Quisiera ver también en cualquier lengua viva ó muerta, ó mechada, la traducción del párrafo siguiente, como dice un crítico, al copiar una estrofa:

Engendro de poeta y de filósofo

(Advierto que esto no es lo del otro día; hace algunas semanas copiaba yo algunos versos de *Ya viene el tren*, en que Muiños se llamaba filósofo y poeta... Pues bien, éstos son otros versos, de la misma poesía, pero otros.)

Engendro de poeta y de filósofo,
Mezcla de hombre y de niño,

(Fuera de la inocencia... y de la corona.)

Todo problema por igual me asusta,
Los del álgebra igual que el socialismo.

Nota del P. Muiños: «Los catedráticos de la sección de Ciencias del Instituto, allí presentes al leerse esta composición, rieron mucho esta estrofa (lo creo, yo también me hubiera reído, aun sin pertenecer á la sección de Ciencias) por las abundantes pruebas que poseen de mi miedo cerval á los problemas algebraicos.»

Ya lo oyen ustedes; al P. Muiños que le den filosofía y poesía, pero las matemáticas no le entran... Lo que debe hacer el buen *agustiniano*, como dicen ellos, es echar una mano para ayudar á la *Reforma literaria* de D. Lorenzo d'Ayot. Muiños, en su género, resulta un D. Lorenzo por todo lo eclesiástico, á quien por poco tomo yo en serio. Ahora ya sé á qué atenerme; después de la lectura íntegra del *tren mixto* no cabe tratar al fraile sino como á respetable caso de psiquiatría; es un enfermo de *literatura*. Conocido, conocido. Casi casi viene á confesarlo él mismo.

No siempre el corazón y la cabeza
están en equilibrio...

¿Siente usted mareos á veces, verdad? ¿Se le figura que tiene la cabeza como un bombo?... ¿O como una olla de grillos... de la Dehesa? ¿No es así? ¡Oh, ciencia! ¡Oh, Lombroso!

Quiero poetizar, y á veces pienso
(Piensa á veces, no siempre.)

Y otras quiero pensar, y poetizo.

¡Pobre! Empieza por creer que el que *poetiza* no piensa, y que no cabe pensar y *poetizar*.)

Allí se cree, y se trabaja y se ama,

(No le midan ustedes los versos, mídanle el cráneo.)

Se baila los domingos
Y la cuestión social tienen resuelta
Con un poco de pan y de cariño.

¡No hable usted de socialismo, hombre! ¿No recuerda que le asusta, como si fuera álgebra?

Pero ¿quién dirige *La Ciudad de Dios* (¡qué profanación de nombre!) que permite que se inserten estas cosas? ¿Qué dirán los protestantes y hasta los espiritistas! Otro *escritor* de la orden (que es un desorden) habla de «las esferas peliagudas.» ¡Esferas agudas, aunque tengan *pele*, no las hay, P. Miguélez!

Pero volvamos á Muiños.

Este bendito señor (que puede que sea un excelente cura y un corazón de oro, en sacándole de sus literaturas) me llama ahora á mí atrabiliario criticastro; me desprecia, me pone como un rodillo de fregar... soy para él menos que nada... Eso, ahora. Pero antes, cuando yo no le había sacado á relucir el *tren*, me tenía nada menos que por jefe de una escuela en España.

Decía así:

«Ya en una serie de artículos que publiqué el año pasado en esta misma Revista, con el título de *Realismo galdosiano*, hice notar esta injusticia (la de creer á Galdós gran novelista. Según el P. Muiños, la Pardo Bazán es mejor novelista que Galdós) de la escuela capitaneada en España por *Clarín*.»

De modo que, según el padre, antes del descarrilamiento, yo era el capitán de realistas, el jefe de los que proclaman á Galdós nuestro *superior* novelista. ¡Ahí es nada! Y ahora criticastro atrabiliario.

Pero hay más. El P. Muiños confiesa que él hasta hace poco se había pasado la vida leyendo literatura antigua, y que en estos últimos tiempos, para enterarse de lo moderno, «para responder á las contingencias de la discusión,» procuró poseer «datos más frescos y copiosos, y saboreó las producciones más recientes y más *lozanas* del arte naturalista;» y aunque maldice de tal arte, el P. Muiños declara que leyó, al fin indicado... los *Rougon Macquart* de Zola... y *Su único hijo*.

Pues señor, si yo soy un *cualquiera*, ¿por qué va usted á leer libros míos para enterarse de lo que produce una escuela que usted quiere *estudiar* para combatirla?

Si yo quiero juzgar la literatura católica del siglo XIX, ¿cree usted que me voy á acordar del *tren* de Soria?

Lo que hay aquí, P. Muiños, es que usted es de los que gustan de *ganar amigos* para su vanidad, y juzgando por la propia la ajena, y juzgando también por datos que ofrece la *tolerante* época moderna, se echó esta cuenta: «A nadie le duele que hablen mal de su escuela, de sus *principios*; lo que duele es el ataque al propio mérito. Si á D.^a Emilia Pardo le digo que anda por mal camino, que fuera del *redil* no hay más que perdición, etc., etc., no se enfadará, aunque lo finja; y como éstos son panes prestados, siempre y cuando que yo la adule *personalmente* y le diga que vale más que Galdós, se dará por muy satisfecha, y hablará de mí, y fingiremos que reñimos; y todo lo pagarán las pobres *ideas*; mientras que, incienso va, incienso viene, nosotros nos esponjamos, y al *realismo* y al *tomismo* y á Zola y á Jungmann que los parta un rayo.»

Más creyó el P. Muiños: creyó que con *Clarín* iban á servir estas tretas... Y pensó: «Para ganárnosle, pongámosle entre los importantes... hablemos de su *perniciosa influencia*, de su *deletérea* escuela; digamos que en sus novelas, como en las de Zola, el asqueroso naturalismo, etc., etc., hace estragos. Y el chico se quedará tan ancho, y le importará un bledo que hablen mal de su escuela si á él se le reconoce categoría...»

Pero el P. Muiños no contó con la huésped. La huésped es que á perro viejo no hay *tus tus*, y que yo no soy una D.^a Emilia ni quiero para nada el incienso, aunque venga disfrazado, de escritores dejados de la mano de Dios en materia de gusto. ¿Qué puede importarme á mí que el hombre del *tren de Soria* me llame capitán ó rancho?

Lo que yo deseo, y por eso le he sacado á usted á relucir, por no decir otra cosa, es que en una orden religiosa cristiana, heredera de tantas glorias, no pasen como representantes de la in-

AÑO NUEVO



—El caso es que yo soy buen cristiano y desearía encontrar una casa de huéspedes dond; me dieran de comer de vigilia.
 —¿Todo el año?
 —Sí, señora, aunque sea todo el año. El caso es probar algo caliente.



—Si en todo el año que entra logra usted tener una posición decorosa, venga usted y hablaremos...
 —Pero si para eso quería yo casarme en seguida con su hija de usted. ¡Para tener este año siquiera una posición decorosa!



—¿Ves aquella capota? Pues me ha costado diez y siete duros.
 —Y ¿qué ha dicho el marido?
 —Al marido le ha hecho ella creer que se la han traído los Reyes.



—Pilarcita dice que acaba de cumplir diez y nueve años, pero á mi no me la da ella. Cuando yo tenía tres años me doblaba la edad, de modo que ahora que tengo diez y seis, ella debe tener treinta y dos io menos...



—Bueno, y tú ¿qué planes tienes para este año?
 —Pues... seguir no pagando al casero.



—Sí, señora, mi mujer dice que no quiero más criadas, y desde primero de Enero estamos solitos. La pobrecita está escamada, ¿sabe usted? ¡Como yo tengo esta caída de ojos!...



—Oiga usted, prenda, ¿quiere usted que la acompañe á esperar á los Reyes? ¡Mire usted que yo sé una callejuela por donde van á pasar esta Noche de seguro!

teligencia y el gusto hombres como usted, á quien, sea lo que quiera de la *sustantividad del arte*, le falta un tornillo y una porción de tuercas.

Yo soy más cristiano que usted, P. Muiños. Créalo. Yo deseo que ningún sacerdote de Jesús se ponga en ridículo; yo deseo que no haya *matoides* de pluma que para proclamarse críticos por excelencia resuciten las teorías de Inocencio III y de Gregorio VII aplicándolas al arte.

Porque el P. Muiños se explica así: «...Dada mi creencia en el hecho, y partiendo de él como principio (partir de un *hecho* como principio es no saber lo que es principio ó ignorar lo que es *hecho*), deduzco la falsedad de los que yo considero como arte y crítica anticristianos.» A partir de una creencia, el P. Muiños deduce la falsedad... y proclama que «la verdadera crítica es la cristiana,» es decir, la que él entiende por tal, la que según su creencia es la cristiana. Vamos, la *suya*, la del que inventó las *esferas peliagudas* y la de otros dos ó tres frailucos.

¡Ay, P. Muiños! ¡Si usted supiera qué de cosas hay en el arte, y en el cristianismo y en todo el mundo, que usted no sospecha que existen!

Ya que usted anda buscándome defectos y pecados, ¿quiere que le diga cuál es mi mayor delito en todo este barullo?

Pues cualquier persona sensata (tal vez el mismo P. Blanco García, que no tiene gusto, pero es prudente, estudioso, juicioso) se lo pueda decir:

Mi delito consiste en haberme metido con usted, en haberle disgustado, en no haberle dejado en la tranquila beatitud en que usted confunde las ventajas traídas á la civilización por Jesucristo con los méritos poéticos y críticos con que adornó la naturaleza á vuestra paternidad, á quien deseo larga vida. Amén.

Por último: El P. Muiños, que piensa que por ser cristiano, ó parecerlo, ya es el crítico perfecto, ignora muchas cosas. Ignora, por ejemplo, que eso de que «lo bello es el resplandor de lo verdadero» es un falso testimonio que le levantan á Platón. Platón no ha dicho tal cosa en ninguna parte.

CLARÍN.

¡OJO CON EL LOTE!

Ojo al Cristo y atención, que andan por la población, con sable de doble filo, extranjeros de algodón que tienen *vistas de hilo*.

Sin contar con la portera se suben por la escalera y dicen los descarados que vienen recomendados por un amigo cualquiera.

«¡Ocasión fenomenal y barato sin igual!...» repiten los muy canallas. ¡Servilletas y toallas y pañuelos á real!»

Como el género es barato, compra el menos mentecato, y entonces dice el sujeto que sólo puede hacer trato llevando un lote completo.

Y aquí está el timo seguro: del coche mandan subir tres piezas de un *hilo puro* que el metro viene á salir, unas con otras, á duro.

El más ancho y superior tal vez tenga ese valor; pero los estrechos salen también á duro, y no valen dos pesetas, no señor.

Con artificios y engaños brindan favores extraños: «Por si á usted el pago le abrumba, usted pagará esa suma en año y medio ó dos años.»

«Firma usted los pagarés y tal día de tal mes ya le vendrán á cobrar...» ¡Malo es dejarse engañar, pero que engañe un francés!

Venirse aquí con camelos, y regalando pañuelos y toallas y servilletas sacarle á uno mil pesetas... ¿quién no se arranca los pelos?

Pues ésta es la ocupación de esa extranjera legión, comerciantes de *hilo puro*, que venden, y de seguro no pagan contribución.

Se entran en todas las casas; conque, lector, vive en brasas, y si llegan á tu puerta, dale al francés el alerta y que no venga con guasas.

Lo que digo es la verdad: sube el engaño de punto, y debe la autoridad, por justicia y dignidad, tomar parte en el asunto.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

RIPIOS CLÁSICOS

Sale la luna en *argentado coche* porque sale de noche; si saliera de día, ¡vaya usted á saber dónde saldría! Y tienen las mujeres *labios rojos* porque, además de labios, tienen ojos; los cuales ojos y los cuales labios, ora fingien *enojos*, ora cuentan al cielo sus *agravios*.

Se educa al hijo *con afán prolijo*, se tiene el alma siempre *en santa calma* y la que muere *en calma* va con *paima*, y detrás del *colijo* va el *de fijo*.

¿No es *letal* el veneno? ¿No es *albo* cualquier seno, aunque sea la hurf que se retrate mulata de color de chocolate?

Quien tiene *de marfil* siquiera un diente

tendrá un cuerpo *gentil* seguramente, y ni un vate se olvida del cabello cuando se acuerda del ebúrneo cuello.

Un ósculo en la boca se debe desear *con ansia loca*; un hombre que no *asombre por su nombre* casi puede decirse que no es hombre. Se a dora con *amanie desvario*, se gime con el alma *traspasada*, y ya se sabe que el sepulcro es *frio* y la tumba es *helada*.

Item más: las hurfes han de tener diamantes y rubíes...

Y así nos divertimos versificando en broma, ¡y hasta creyendo á veces que escribimos con perfecto dominio del idioma!

SINESIO DELGADO.

VELEIDADES DE CLARÍN (1)

Clarín, que no pierde ocasión de jactarse de *sincero, franco y justo* (soñaba el ciego que veía), me arroja, desde este mismo semanario, sin que razón alguna lo justifique, ofensas que no he de contestar ahora porque ya lo he hecho en una carta particular dirigida al propio Clarín, y en los términos que requiere el caso.

Yo no he de incurrir en la *inconsecuencia* literaria en que incurrió Clarín, negando á éste cualidades que en otro tiempo le reconocí, porque me estimo en algo más de lo que se estima don Leopoldo Alas. Mi objeto, *por ahora*, es sólo poner de manifiesto lo versátil y tornadizo de la pluma de Clarín, de ese Clarín que hoy me califica de *literatuelo cursi*, después de haberme alabado exageradamente en distintas ocasiones.

En el prólogo de mis *Escaramuzas* ha escrito Clarín lo que sigue:

«...Si en su tierra no todos le han reconocido la categoría que en las letras le corresponde, se deberá no sólo á los sofismas de la envidia y de la venganza, pues Bobadilla *tiene mucho ingenio* (quien subraya soy yo, *Fray Candil*) y ha dicho muchísimas verdades, sino también á que el término medio del gusto cubano todavía está más para que lo comulguen con ruedas de molino académico, que para comprender y estimar las ingeniosas *salidas* y las crudezas de un VIGOROSO Y ORIGINAL TEMPERAMENTO LITERARIO...»

«Si el Sr. Bobadilla sigue escribiendo en España (en este párrafo parece que Clarín se presentía á sí mismo), también le tendrán en poco los literatos uniformados, de revista, de papel de oficio; también lo aborrecerán los poetastros peninsulares y *harán como que le desprecian* los que le odien por las frescas que les haya dicho.» «¿Por qué no se ha ido Bobadilla á Londres ó á París, por ejemplo? ¿Dónde cree que estamos?», «¿No tiene defectos *Fray Candil*? Sí, señor; pero no estaría bien hablar de ellos habiendo emitido *muchos justos elogios*... Sólo por eso no trato de lo que en él no me parece bien; no porque los defectos de *Fray Candil* se parezcan, en parte, á los míos. Sí, se parecen...»

Más tarde, al hablar de *Fiebres*, dijo Clarín en el mismo MADRID CÓMICO entre otras cosas, lo siguiente:

«Ya le he dicho al autor (á *Fray Candil*) que le creo más poeta que á muchos de esos que andan por allí con uniforme de *parnasianos*... en prosa y en verso, YO LE TENGO POR ESCRITOR ILUSTRADO, DISCRETÍSIMO, FRANCO, NOBLE, SINCERO, y sus poesías, cortas ó largas, me servirán para ver su espíritu, lo mismo que me sirven sus artículos de CORRECTA PROSA...»

Diga el público ahora si quien ha escrito esos elogios, y otros muchos que omito, tiene derecho á llamarme escritorzuelo. ¿Puede tomarse por lo serio á quien es víctima de semejante psicosis? ¿Pueden tener autoridad sus juicios? Pero ¿á qué sorprenderse? ¿No es el mismo Clarín que suscribió el elogiástico prólogo de «La cuestión palpitante», quien ataca hoy á la Pardo Bazán, sin perjuicio de quejarse en público de que dicha escritora no *acuse recibo* de sus libros? ¿No es Clarín quien puso ayer á Cañete como chupa de dómene, y hoy, ante el cadáver del crítico de *La Ilustración*, declara que fué un erudito y un literato verdadero, quizá por *remordimiento*, porque ya sabemos que Clarín se ha metido á beato para parecerse más á *Tartuffe*? ¿No es Clarín quien araña pérfidamente á su antiguo maestro el insigne Salmerón, con motivo de la enseñanza religiosa?

A Clarín le pasa, tal vez, lo que á Hámlet, que se vuelve loco cuando sopla el Noroeste. Pero Hámlet, por lo menos, sabía distinguir, cuando soplaban el Sur, la garza del halcón...

Dice Clarín que yo le he adulado. Mentira. ¿Le he dicho alguna vez que fuese guapo? ¿Le he alabado nunca sus novelas, soporíferas como ellas solas? ¿Cuándo le llamé estilista? ¿Cuándo le di la *alternativa* de poeta? De modo que, sin ponerme en contradicción, puedo decir de él, en cuanto novelista y poeta... lo que verá el lector en mi próximo libro *Triquitraques*.

FRAY CANDIL.

(1) El Sr. Bobadilla, suponiéndose aludido en el *Patique* del núm. 462, nos ruega la inserción de este artículo. — N. de la D.

NEVADA

I

Nieva. ¡Qué gusto! Repara cómo se cubren las tejas, cómo van los transeuntes enlodándose las piernas.

Mira; á lo lejos, las copas de los árboles semejan copas de verdad; parece que hasta los bordes se llenan, y esos rizados jirones que en las ramas se congelan son grandes azucarillos de las copas gigantescas.

¿Te ríes? No, no te ríes; ven aquí: ¿por qué estás serio? ¿Que te acuerdas de los pobres desgraciados de tu aldea?...

Pues bebe; la manzanilla borra recuerdos y penas; toma otra copa... y no llores, que estoy alegre, morena.

Hace frío; no descuides, por piedad, la chimenea... y dame un beso: ¡en tus labios hay un calor que consuela!

II

Mira el cielo. No, no mires, que se pierde la cabeza; ese enjambre de mosquitos blanquinosos me marea.

Cierra el balcón y que caigan todos los copos que quieran; por admirar el paisaje se me han helado las venas.

Y ahora acércate. Cargada de carbón la chimenea, una copa que se apura, otra copa que se llena;

sin más luz que la rojiza que los carbones proyectan sobre tu cuerpo y el mío, cargados de somnolencia;

rodeando la cintura de una muchacha tan bella como tú, porque tú vales mucho más oro que pesas, quiero olvidar que hace frío y quiero olvidar que nieva, ¡y quiero olvidar que hay pobres desgraciados en tu aldea!

Venga vino y vaya vino; apuremos la botella, y toma un beso. ¡Qué frescos tienes los labios, morena!

III

Abre el balcón. Es de día y estamos entre tinieblas; está nevando y sofoca la atestada chimenea...

Y sigue la nieve, y sigue con pertinaz insistencia vistiendo de tocas blancas á la humanidad entera.

¡Qué pesadez! Si en mi mano diera esa sábana inmensa, de un gran tirón se quedaba en cueros naturaleza.

Y el frío será espantoso... cruza la gente ligera... y hace aquí un calor, en cambio, que me aturde y me marea.

Pero te ríes... ¡qué es eso!

¿De qué te ríes, morena?

¿Has olvidado los pobres desgraciados de tu aldea?

¿Que estás alegre? ¡Y yo triste!

¿Que el vino mata las penas?

¡Qué ha de matar, desgraciada!

¡Las aviva, las aumenta!

¿Vuelves á reír? ¡No rías!

¡Ahora eres tú quien me besa!

¡Déjame en paz! ¡no me toques!

¡Están tus labios que queman!

ANTONIO MONTALBÁN.



En el Almanaque no quedó espacio ni para dos líneas. Por esa circunstancia no pedí yo perdón allí mismo... ¿De qué? De haber tenido que suprimir el Santoral para dar cabida á todo el original recibido.

Ha resultado, pues, que hemos publicado un Almanaque... sin almanaque. Más claro, no hemos publicado Almanaque.

Pero no se habrán ustedes quejado, ¿eh?

Porque no es creíble que se fueran ustedes á leer el Santoral de cabo á rabo.

Todos los meses pone á buen recaudo la ronda especial del Sr. Almería de ciento á ciento cincuenta timadores, espadistas, tomadores, etc., etc. Pero como se conoce que los sueltan inmediatamente, todos los días se repiten los atracos, timos, robos de capas y así sucesivamente.

Y es lo que decimos las personas honradas:

—Pero señor, ¿por qué no los matan de una vez, y acabamos más pronto?

Claro que será contra ley y contra humanidad y contra todo lo que se quiera. Pero ¿se quejaría alguien?

Porque lo lastimoso es que una población de medio millón de habitantes esté en vilo constantemente por unas cuantas docenas de pajarracos.

Libros:

Almería artística, ilustraciones y texto de D. A. Fernández Navarro, tomo I.

Memoria del curso de 1890 á 91, leída en la apertura de los estudios del año académico actual de la Sociedad instructiva de maestros carpinteros de Valencia, por D. Carlos Ferriols Castro.

Secretaría particular, sainete en un acto y en prosa, original de D. Juan Barco, estrenado con gran éxito en el Teatro Español.

La montaña del pinar, leyenda original de D. Fernando Romero González.

Ayala, estudio político por D. Conrado Solsona y Baselga, premiado por el Congreso de los diputados. Toda la prensa ha elogiado como merece este interesante estudio de Solsona. No podemos hacer otra cosa que añadir nuestros entusiastas plácemes al autor, á quien damos las gracias.

Tristes y alegres, colección de lindísimas poesías de D. Luis de Val, con un prólogo de D. Eduardo Blasco. Precio, 1,50 pesetas.

Pablo Turques, apuntes biográficos, por D. Eugenio Sedano y González. 1892, almanaque de las «conferencias culinarias» de Angel Muro. Graciosa colección de recetas firmadas por los primeros espadas de la literatura contemporánea, que han hecho un libro ameno y que se vende como pan bendito.

Cuesta nada más 2,50 pesetas. Más claro, diez reales.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés, cuaderno 24.



El día 4 del corriente murió, después de larga y penosa enfermedad, nuestro queridísimo amigo el propietario y jefe de la imprenta de MADRID CÓMICO, D. Manuel Ginés Hernández, en cuyo establecimiento tipográfico se ha hecho la tirada de este periódico desde el año 1880, en que se fundó, hasta la fecha.

Hemos perdido con él uno de los más valiosos elementos de nuestra publicación, á la que profesaba el difunto grandísima simpatía, mirándola y tratándola siempre como cosa propia.

La Redacción se asocia con verdadero sentimiento al profundo dolor de la familia del muerto, y nunca llorará bastante la pérdida del verdadero amigo y compañero cariñoso.

¡Descanse en paz!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. S.—Madrid.—Es poquita cosa en sí. Lo de problema *álgido* no me suena, si he de decir á usted la verdad.

K. rra K.—No es buena, no señor. Ni el canto del ruiseñor es *vertiginoso*, ni lleva camino.

El tío Cabezonis.—No cuenta usted las sílabas ni se fija usted en los consonantes. Porque *recio* y *comercio* se están pegando bofetadas.

Sr. D. T. de S.—Verá usted, un soneto que empieza así:

«Todo mi ser hasta tí sube con anhelo
buscando á tu lado sin igual ventura...»

no es soneto, ni Cristo que lo crió.

Lola.—Pues... tampoco *maneja* usted bien los diálogos de las criadas.

Sr. D. A. L.—Madrid.—Es lástima, porque tendría gracia si *influenza* é *influenza* fueran sinónimos. Pero aquí ¡ay! no lo son.

Bandera.—Demasiado formal me parece eso.

Q. Cel.—Los sonetos *á ella* están mandados retirar; porque para *resultar* algo necesitan una fuerza de cien caballos.

Pascual.—Malejas me parecen

esas quintillas.

No se les ve la gracia

ni con cerillas.

Sr. D. M. M.—Madrid.—La cuestión es que los endecasílabos que no tienen once sílabas precisamente son... cualquier cosa menos endecasílabos. Pongo por ejemplo:

«Pasa sus años primeros candorosa.»

Además hay que cuidar que los acentos estén en su sitio, porque si no padece el oído.

El caballero de la dorada espuela.—¡Oh! ¡Qué asonancias más fastidiosas! Fíjese usted:

«cuna de tanto cuerpo
zaragatero,
la ciudad por los cielos
más regalada...»

Tanto *eo eo* produce mareo, ¿verdad?

Sr. D. L. P.—Alicante.—No hay tapas especiales.

Sr. D. L. R.—Madrid.—Son vulgares los epigramas, y la forma deja algo, aunque no mucho, que desear. Hay colecciones de las que pide y pueden remitirse á provincias.

Un barbero.—Y qué, ¿le dieron á usted las pascuas los parroquianos? ¡Pues sea enhorabuena! Pero las coplitas son completamente malas.

Sr. D. L. M.—Plasencia.—Puede mandarlas y se encuadernarán... pero tardarán un poquito.

Sr. D. G. G.—Madrid.—Sí, señor.

A. Petito.—Vea usted: no se puede saber cuál de las tres cosas es peor. Y siempre es desagradable quedarse con la duda.

MADRID, 1892.—Imp. de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa.

Calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS



El viento que se agita y el fiero mar que brama
«¡Camisas de Martínez!» repiten sin cesar.
La cítara de Apolo, la trompa de la Fama
«¡Camisas de Martínez!» anuncian á la par.
San Sebastián, 2.

BEBÉ PARISIÉN



—Tengo gana de que se le rompa la cabeza á esta muñeca.
—¿Por qué?
—Por el gusto de que se la compongan en el *Bebé Parisiën*.
Barquillo, 5.



—Aquí están los estudiantes distinguidos y arrogantes que van á *Las Tullerías* á comer todos los días.
Matute, 6.



Tengo suerte, tengo fama, bolsa llena y rica dama, ¿qué más puedo desear?
—Únicamente una cama del Bazar
Plaza de la Cebada, núm. 1.



—Pues sí, señor, he perdido el apetito completamente, y puesto que ya no me sirve para nada la dentadura, voy á proporcionarme el último placer que me queda.
—¿Cuál?
—Sacarme todas las muelas en casa de Tirso Pérez.
Mayor, 73.



Aquí te envío esa fotografía hecha en una máquina de *Irigoyen*. ¡Es la última y decisiva prueba de cariño que puedo darte!

Esparteros, 3.

Gran camisería de Sto. Domingo.

¡OIGAN USTEDES!

Camisas con vistas de hilo, confección esmeradísima y buen corte, desde 5 pesetas en adelante.

Inmensos surtidos en géneros de punto.

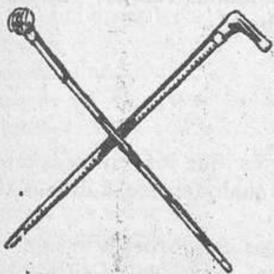
Arvizay Alonso, plaza de Sto. Domingo, 18



Bebamos, compañeros, bebamos para ver que no hay *cognac* más rico que el *fino de Moguer*.
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27 y 29.—Levis, Mayor, 39.

PROBLEMA

¿Qué valor tiene esta incógnita?



La solución en casa de Gras hijo, Alcalá, 40, y Príncipe, 22.



Si vos queréis, hermana, vencer á Belcebú, debéis desde mañana comprar en la *Perfumería Americana*.
Espoz y Mina, 26.



BOCA Y MUELAS

Se tienen fuertes, sanas, perfumadas y sin dolor, usando á diario el mejor de los dentífricos

Licor del Polo de Orive

que calma los dolores de muelas al descuido que no sigue la *Higiene de la boca* y los evita infaliblemente al que se enjuaga con tan superior dentífrico una vez al día. Blanquea y fortifica la dentadura, endurece, sonrosa y tonifica las encías. Exígidle con la marca de fábrica en las farmacias y perfumerías de crédito.



Me han hecho gobernador, y no he de entrar en funciones sin comprar al por mayor en esta tienda mantones.
Tirso Rodríguez, Atocha, 75 y 77.



—Entre en la gloria; ¿qué es [pera]?
—Pues mire usted, yo quisiera cambiarla sin interés por un pantalón inglés de los que vende *Pesquera*.
Magdalena, 20.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO